



Padre Miguel Ángel Pardo, pbro.

Índice homilias

Enero – Febrero 2017

Hemos visto su estrella y venimos a adorarlo	2
El Bautismo de Jesús	4
Palabra de vida.....	5
El sacerdocio de Cristo	7
Eficacia del sacrificio de Cristo	9
La fe en la historia de la salvación	10
Amarás a tu prójimo como a ti mismo	12
¿Quién dice la gente que soy yo?	14
Una boda en Caná.....	16
Tiempo de Ejercicios Espirituales	19

Hemos visto su estrella y venimos a adorarlo

Viernes, 6 de enero de 2017

Textos: Is 60, 1-6; Salmo 71; Ef 3, 2-3.5-6; Mt 2, 1-12

Pronto la Iglesia descubrió la importancia de esta narración de los Magos, que llegan conducidos por una **estrella** ⁽¹⁾ hasta Belén, donde encuentran a María y al Niño con José. Pronto la Iglesia descubrió la importancia por dos cosas: la primera por lo que representan los **Magos** ⁽²⁾, **venidos de fuera** del pueblo elegido de Israel ⁽³⁾, esto quiere decir que **Jesús es el Salvador de todos los hombres**, que no ha venido a salvar solo al pueblo judío ni ha venido a salvar solo a una parte de la humanidad, sino que todos encontramos, en este Niño Jesús, la salvación universal.

En segundo lugar, en esta narración del **camino de los Magos y la adoración al Niño Jesús en Belén**, la Iglesia descubre que **ellos representan una síntesis del verdadero camino que tenemos que recorrer los hombres para encontrar a Cristo y vivir la vida cristiana**.

¿Qué les sucedió a los Magos? Ellos buscaban la verdad y conducidos e iluminados por la palabra de Dios descubrieron a Cristo, buscaron a Cristo hasta que lo encontraron. Cuando lo encontraron hicieron, sobre todo, tres cosas: **contemplar**, **adorar** y **ofrecer**. Y después de este encuentro con el Señor volvieron a su vida ordinaria, volvieron a su lugar de origen, pero ya no volvieron igual porque estaban transformados, se habían convertido.

En ese encuentro contemplaron y ¿qué es lo que vieron? Vieron a un Niño en brazos de su madre María junto a José que miraba lleno de amor. **Contemplar significa ‘ver con fe’** de manera que ellos vieron un niño en el que reconocieron al rey de los judíos, al Salvador; de aquí se explica lo que representan sus ofrendas ⁽⁴⁾: **Oro**, simboliza la realeza; **Incienso**, simboliza la Divinidad y **Mirra** simboliza la Pasión, el ungüento que se usaba para la sepultura significa que éste es el que nos salvará por la muerte y la resurrección. Por lo tanto, ven a un niño pero descubren al Señor.

Y después de presentar las ofrendas ¿qué hacen? **Adorar**. No se quedan como espectadores simplemente contemplando la escena, sino que **se postran ante Él y le adoran**, ⁽⁵⁾ reconociendo maravillados que Dios bajó del cielo y está aquí en Belén, envuelto en pañales.

A través de estos presentes que representan a Cristo, también son signo del ofrecimiento que hacen de sí mismos acogiendo a Jesús como **Rey**, como **Dios** y como **Salvador** en sus vidas. Y transformados por este encuentro vuelven de nuevo a sus lugares de origen.

En el fondo este pasaje de los Magos es lo que la Iglesia nos invita a vivir, por mandato del Señor, cuando se celebra la Eucaristía. Cuando nos reunimos a celebrar la Santa Misa venimos cada uno de nuestros lugares convocados para **escuchar la palabra de Dios**; después **contemplamos con fe**, porque dentro de unos instantes vamos a ver **pan y vino sobre el altar pero con una mirada de fe sabemos que después de la consagración es el Cuerpo y la Sangre de Cristo**, con esa mirada de fe vemos más allá, **reconocemos al Señor y lo adoramos**. **EN EL MOMENTO DE LA CONSAGRACIÓN NOS PONEMOS DE RODILLAS RECONOCIENDO QUE AQUÍ ESTÁ JESUCRISTO**.

Y esto tenemos que vivirlo, no como espectadores, sino ofreciéndole al Señor lo que queremos presentarle en cada Misa para que Él lo bendiga, ofreciéndonos a nosotros mismos para que el Señor nos transforme por su gracia. Y después de vivir este maravilloso encuentro cada uno de nosotros vuelve a su lugar, a su vida cotidiana, renovados y transformados para que seamos luz del mundo.

Aquella estrella era signo de la luz con la cual Dios quiere conducir a los hombres a Cristo; y esa estrella tenemos que ser cada uno de nosotros para que, llenos de alegría por haber encontrado al Señor, podamos ser estrellas vivas para acompañar a los demás.

Señor, te damos gracias por la luz que nos das con el relato de los Magos. Gracias por este día tan entrañable.

Haz, Señor, que no solo sea un día de gozo por recibir regalos, sino que hoy, Señor, te hagamos el regalo que tú esperas, ofrecernos a nosotros mismos para que puedas transformar nuestros corazones.

Santa Madre de Dios, tú que nos has dado a Jesús enséñanos a ofrecernos a Él, como te ofreciste tú.

Que así sea

-
- (1) *La estrella que anuncia su nacimiento (Núm 24,17).*
 - (2) *En sentido amplio, son designados Magos a los sabios astrónomos o astrólogos, probablemente persas, dotados de conocimiento religioso y filosófico, conocedores de la tradiciones y predicciones judías (cf. Biblia del Peregrino, Luis Alonso Shöckel; y “La infancia de Jesús”, Joseph Ratzinger, Benedicto XVI).*
 - (3) *La primera manifestación del Salvador a los gentiles.*
 - (4) *Los Magos le traen al Niño el tributo que los paganos presentaban al rey infante (Is 60, 6; Salmo 72, 10-11)*
 - (5) *Postrarse ante el Niño es el homenaje que se rinde a una dignidad regia, a un Dios-Rey.*

El Bautismo de Jesús

Domingo, 8 de enero de 2017

Textos: *Is 42, 1-4.6-7; Salmo 28; Hch 10, 34-38; Mt 3, 13-17*

El pasaje del evangelio, en esta **fiesta del Bautismo del Señor**, culmina con unos versículos la etapa más larga de la vida del Señor, la etapa de su vida en Nazaret. Galilea y Nazaret nos indica la vida de Jesús en familia, con María y José. Los evangelios nos hablan de su vida pública y, sobre todo, de la Pascua, momento central de la salvación, pero ciertamente no podemos olvidar que Jesús pasó más de treinta años oculto en una vida cotidiana como la que nosotros vivimos, una vida en familia, trabajo y participando en la vida religiosa.

En el momento en el que Jesús se hace bautizar aparece la Trinidad: **Jesús**, el Hijo de Dios hecho hombre; baja **el Espíritu Santo** sobre Él, la tercera persona divina y luego se oye **la voz del Padre** que declara que Jesús es su Hijo amado. Si Jesús vivió en Nazaret en familia, **el día del Bautismo se nos muestra la familia que es Dios**. Dios es familia divina de tres personas.

Y esa familia se ha abierto para hacer que todos nosotros podamos ser hijos de Dios, es precisamente lo que sucede en nuestro bautismo. De manera que la vida de Nazaret viene a ser como un anuncio de lo que es la Iglesia, la familia de los hijos de Dios, de la que se empieza a participar cuando recibimos el bautismo, cuando recibimos una vida que no es humana simplemente sino una vida que desciende del cielo, una vida que viene de Dios. Lo fundamental de la misión de Jesús consiste en esto, en hacer de nosotros la familia de los hijos de Dios. Dios es familia que se abre para recibir multitud de hijos e hijas que son el gozo de Dios.

¿Qué sucede en el bautismo? El día de tu bautismo Dios te dijo lo mismo que dijo a Jesús. En esa celebración que se realiza con unos signos sencillos, a través del agua que se derrama y las palabras que se pronuncian, signo de la actuación del Espíritu Santo, a cada uno de nosotros Dios Padre nos dijo: **«Tú eres mi hija amada en ti me complazco, tú eres mi hijo amado en ti me complazco»**, y desde entonces Dios nos mira con ese amor divino de Padre. **Ahora bien, ese don que hemos recibido espera ser vivido de una manera adecuada a lo que Dios espera de nosotros. Si somos hijos de Dios no podemos vivir de cualquier manera.**

Y ese Espíritu que baja, y que obra la maravilla del bautismo, es el Espíritu que debe guiar nuestra vida cristiana. El Espíritu Santo que desciende sobre Jesús, y lo conduce a través de su vida pública, es la Persona Divina que ha entrado en nosotros en el bautismo, y quiere conducir nuestra vida cristiana para llevarla a plenitud.

Padre Santo, te damos las gracias, porque nos has amado tanto que nos has enviado a tu Hijo para que haga de nosotros tu familia. Padre Santo, te damos las gracias, en este día, por el don tan maravilloso del bautismo, por habernos hecho tus hijos, tus hijas, porque en el día de nuestro bautismo tú te complacías de tener un hijo, una hija más.

No permitas, Señor, que olvidemos que somos cristianos, y ayúdanos a descubrir la presencia y la luz del Espíritu Santo en nuestro corazón, para que nuestra vida llegue a plenitud.

Que así sea

Palabra de vida

Sábado, 14 de enero de 2017

Textos: Heb 4, 12-16; Salmo 18; Mc 2, 13-17

«**Tus palabras, Señor, son espíritu y vida**». Estas palabras del salmo responsorial están tomadas del evangelio, son palabras de Jesús en el discurso del pan de vida en el que al final casi todo el mundo lo abandonó; porque al escuchar cómo el Señor proclamaba el misterio de la Eucaristía la gente dijo: «**esto es muy duro ¿quién puede seguirlo?**» El Señor dice: «**mis palabras son espíritu y vida**». Las palabras que dice el Señor son portadoras de la luz de la verdad que ilumina la vida. La palabra de Dios es viva y eficaz, porque siendo palabra de Dios es capaz de hacer lo que dice y de dar lo que promete.

Es impresionante el testimonio de la beata **Chiara Lubich**,⁽¹⁾ fundadora del **movimiento de los Focolares**,⁽²⁾ Ella cuenta como el descubrimiento de la palabra de Dios fue una transformación radical en su vida; cómo esa palabra después de leerla y orar con ella luego se compartía y se trataba de vivir, y aquello empezó a hacer una vida completamente diferente. Este testimonio es una muestra de cómo los fieles de la Iglesia orando la palabra de Dios permiten que Jesucristo vivo y glorioso, a través del Espíritu Santo, transforme nuestra vida.

La vida empieza a ser cristiana cuando nosotros escuchamos a Dios y permitimos que Dios nos hable, entonces nuestra vida empieza a tener ese nivel nuevo, diferente, que al hombre no se le puede ocurrir porque solo Dios nos puede mostrar y revelar.

Hemos escuchado, en la primera lectura de la Carta a los Hebreos, que tenemos que **acercarnos al trono de gracia** para obtener la gracia oportuna que nos auxilia ¿por qué? Porque los hombres que nos sentimos débiles y pecadores escuchamos **esa palabra que escruta lo profundo, que nos hace comprender la verdad de nuestra vida, pero a la vez esa palabra nos está llamando a un nivel de vida que Dios nos está mostrando**. El autor inspirado por el Espíritu Santo nos dice: «*eso que te muestra Dios de tu debilidad y que Él quiere cambiar; esa llamada –como la sintió Mateo–, a seguir una vida que agrada a Dios pero que te supera y te desborda, el Señor te dice: «acude a mí, al trono de la gracia y recibiendo la gracia vivirás. Te cambiaré e iré quitando de ti tus miserias y realizaré en ti lo que mi palabra te muestra y te pide»*».

Y nos preguntamos **¿dónde está ese trono de gracia al que tenemos que acudir, para recibir esa gracia que nos auxilia oportunamente?** Ciertamente se está refiriendo a Jesucristo que está sentado a la derecha del Padre, pero ciertísimamente **ese trono de gracia es el altar. El altar donde Jesucristo cada día desciende a nosotros para que nos ofrezcamos con Él, para recibir la gracia de lo que la palabra nos ilumina**.

Por eso el que la liturgia de la Misa sea así no es casualidad. Primero **escuchamos la palabra de Dios**, que nos hace comprender la verdad de nuestra vida y nos muestra lo que Dios quiere realizar en nosotros. Y a continuación **pasamos al altar para ofrecernos y pedir la gracia que haga realidad en nuestra vida lo que el Señor nos pide**.

Te damos gracias, Señor, por la luz que nos das y hoy, especialmente, queremos pedirte la gracia oportuna a través de nuestra Madre la Virgen María, ella dejó prácticamente su testamento, su última palabra en las bodas de Caná: «Haced lo que Él os diga».

Haz, Señor, que creamos firmemente que nos has dejado la Santa Misa para que encontremos en ella el trono de la gracia, que nos ayuda cada día oportunamente a superar las flaquezas y para ir creciendo en esa vida divina que tu cada día nos regalas.

Que así sea

(1) Chiara Lubich, sierva de Dios (1920-2008) terciaria franciscana, de nombre seglar Silvia, maestra italiana, desde joven va creciendo en su interior su deseo de consagrarse totalmente a Dios, y en 1943 pronuncia para siempre sus votos de pobreza, castidad y obediencia en una capilla de su ciudad.

(2) Movimiento de los Focolares (=foco o fuego del hogar), movimiento eclesial fundado por Chiara Lubich, y aprobado por la Iglesia católica con el nombre oficial de **Obra de María**, cuyo fin es promover la unidad y la fraternidad universal en el amor al prójimo.

El sacerdocio de Cristo

Miércoles, 18 de enero de 2017

Textos: Heb 7, 1-3.15-17; Salmo 109; Mc 3, 1-6

Desde que empezamos a escuchar la Carta a los Hebreos, en la primera lectura, ha empezado a sonar una especie de estribillo: «**Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec**», versículo que también hemos proclamado en el salmo responsorial. Llama la atención porque Melquisedec, del que apenas sabemos nada, aparece una vez en la Escritura cuando se encontró con Abrahán ⁽¹⁾.

Cuando Abrahán volvía de su victoria, **Melquisedec**, rey de Salem y **sacerdote** del Dios altísimo, salió a su encuentro, sacó pan y vino y lo bendijo; **en estas ofrendas y bendición Abrahán reconoció la grandeza de Melquisedec** y le ofreció el diezmo a aquél que veía superior a él.

Y ese silencio de la Escritura sobre el origen de **Melquisedec**, el autor de la Carta a los Hebreos inspirado por el Espíritu Santo, nos dice que **viene a ser una imagen de Jesucristo** que no tiene origen ni fin porque es eterno, porque es el Hijo de Dios, y porque desde el momento en que Él ha resucitado tiene una vida imperecedera.

Melquisedec ⁽²⁾ **también es imagen de Jesucristo verdadero sacerdote**, el único que puede realizar el sacrificio que pretendían los sacerdotes levíticos que es unir al hombre con Dios; pero sobre todo Jesucristo es el único que puede obtenernos el don de la vida de Dios, el don de la vida eterna, de la vida inmortal, el don de la vida divina. De manera que Jesucristo al ofrecerse al Padre con su humanidad cargada de la humanidad pecadora, **ha sido resucitado y ha recibido en su humanidad gloriosa la vida que Él luego difunde y comparte con los hombres**.

Melquisedec presentó pan y vino, preanuncio de la Eucaristía. El gran sacramento de Jesucristo, que por el Espíritu Santo, transforma el pan y el vino en su Cuerpo y en su Sangre que nosotros recibimos. Jesucristo, sacerdote eterno, nos espera en el cielo para que compartamos su gloria que, de una manera especialísima, empezamos a gustar ya aquí en la tierra en este sacramento de la Eucaristía.

Te pedimos, Señor, que reconozcamos que eres nuestro sumo y eterno sacerdote, que vives para darnos la vida, para unir al hombre con Dios y que cada día realizas esa unión de manera admirable en el sacramento del altar, donde te haces presente bajo la especie de pan y vino, y te das a nosotros para que podamos gustar y recibir la vida de Dios.

Ayúdanos señor a vivir cada vez mejor este Sacramento para que unidos a ti alcancemos un día la gloria en la que nos esperas, y nos atraes para toda la eternidad.

Que así sea

(1) *Gén 14, 17-20*

(2) *En el canon romano, después de la consagración se menciona la prefiguración de Cristo en la oración de la Plegaria Eucarística I: (...Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec...)*

Eficacia del sacrificio de Cristo

Sábado, 21 de enero de 2017

Textos: Heb 9, 2-3.11-14; Salmo 46; Mc 3, 20-21

Seguimos escuchando la Carta a los Hebreos y hemos llegado al capítulo noveno, que nos habla de la eficacia del único y definitivo sacrificio de Jesucristo; sacrificio en el cual el Señor derramó su propia sangre que nos ha conseguido la salvación, la liberación, la redención eterna y ha hecho que le Señor sea el sumo sacerdote de los bienes definitivos, es decir, aquel que nos bendice y nos comunica los bienes que nos dan la vida eterna; son los bienes eternos que nos hacen participar de la vida del mismo Dios.

Gracias a esa sangre del Señor nosotros somos purificados de las obras muertas, de las obras que no tienen vida, de los pecados y nos introduce en un nuevo modo de vida, que es dar culto en espíritu y en verdad al Dios vivo.

Y esa sangre y agua que, de manera especial, vio el apóstol san Juan brotar del costado abierto de Cristo, sangre y agua que nos purifica y nos redime es la sangre que va a hacerse presente ahora en el altar y de la que nosotros vamos a tener la gracia grande de beber. De modo que lo que sucede en la Eucaristía es como si nosotros bebiéramos del costado abierto del Señor. Cada vez que celebramos la Misa y cada vez que comulgamos recibimos el cuerpo y la sangre del Señor. **Y, especialmente, aquí en nuestra parroquia tenemos la gracia grande de poder beber su sangre. El Señor nos regala el poder beber del costado abierto donde mana la vida, donde mana la redención de la humanidad.**

El Señor –dice el texto–, se ofreció en virtud del Espíritu eterno. Jesucristo se ofreció movido e impulsado por el Espíritu Santo, de manera que ese mismo Espíritu es el que nos tiene que enseñar a nosotros a ofrecernos con el Jesucristo en la Santa Misa.

Fijaos qué maravilla es que nosotros podamos ser injertados, metidos en el mismo sacrificio del Señor que se hace aquí presente. El secreto está en que nos hagamos cada vez más amigos del Espíritu Santo para que sea Él el que nos introduzca en el mismo sacrificio, y en la misma entrega del Señor para poder recibir su fruto.

Te damos gracias, Señor, porque te haces presente cada vez que se celebra la Santa Misa, tu único y definitivo sacrificio. Enséñanos, Señor, a ofrecernos contigo. Comunícanos el Espíritu Santo para que Él nos enseñe a participar de tu sacrificio.

Danos, Señor, la gracia de poder comulgar con verdadera devoción, con verdadero espíritu, para que al recibir tu Cuerpo y tu Sangre nos transformes en ti y podamos dar el verdadero culto al Padre que Él espera de nosotros.

Que así sea

La fe en la historia de la salvación

Sábado, 18 de febrero de 2017

Textos: Heb 11, 1-7; Salmo 144; Mc 9, 2-13

Después de haber escuchado los fragmentos de los primeros once capítulos del Génesis, después de todo este camino la liturgia nos presenta un fragmento de la Carta a los Hebreos donde el autor inspirado del Nuevo Testamento, guiado por el Espíritu Santo, descubre cómo **el corazón de la vida cristiana tiene su raíz en la fe anunciada desde el principio de la Biblia.**

Desde el comienzo Dios ha ido conduciendo a los hombres a la vida que le complace, así hemos escuchado esta frase maravillosa, hablando de **Henoc** ⁽¹⁾ que dice: **«sin fe es imposible complacer a Dios»**. De alguna manera podríamos decir que Dios nos ha creado de tal forma que tenemos que vivir de fe y creer de todo corazón. **Y en esa vida de fe está la raíz de esa vida que nosotros anhelamos, de esa vida que nuestro corazón desea.**

El hombre solo llega a vivir de verdad en esta tierra, en la medida en que encuentra esa vida de fe que le hace unirse a Dios, no viendo sino creyendo; es decir, confiando plenamente en Dios mismo, apoyándonos en Él, acogiendo su palabra como luz y camino de nuestra vida. Tenemos la gracia grande de poder creer en el Señor, por eso estamos aquí; **por la fe, acogemos como verdad lo que no vemos, nosotros no vemos al Señor pero creemos en Él. Y ESA FE QUE EL SEÑOR NOS HA REGALADO EN LO PROFUNDO DEL CORAZÓN, ES LA QUE VA GUIANDO NUESTRA VIDA.**

Pero esa fe necesita madurar, necesita crecer, por eso cristianamente crecemos en la medida en que nos convertimos en hombres y mujeres que viven de fe, de manera que **eso que sabemos y hemos acogido en el corazón porque Dios nos lo ha revelado, no es simplemente algo que sabemos sino que se convierte para nosotros en la luz que guía nuestra vida.** Cuanto más creemos, cuanto más nos apoyamos en Dios, cuanto más abrimos nuestro corazón a la gracia del Señor más experimentamos la verdad de lo que creemos, y la fe se convierte para nosotros en reposo, en luz y en guía de nuestro caminar.

El Señor, que invitó a seguirle a los discípulos y de entre ellos escogió a los apóstoles, y de entre esos apóstoles tenía unos predilectos: **Pedro, Santiago y Juan**, un buen día después de haber anunciado el centro de su misión, que es morir y resucitar para salvar a los hombres, a la vista de que esto había desconcertado totalmente a los discípulos e incluso lo habían rechazado, el Señor los lleva a una montaña alta, y allí Jesús les mostró lo que verían más adelante, y es que **después de la muerte verán al Señor en la gloria.** Y no solo eso, sino que les anticipa lo que es el verdadero sentido y destino de nuestra vida.

A ese Jesús glorioso que resplandecía a Dios en su humanidad, estaban viendo lo que ellos están llamados a ser, lo que cada uno de nosotros estamos llamados a ser, porque esa humanidad gloriosa de Jesús es el sentido de nuestra vida, para eso hemos sido creados, para recibir a ese Dios en quien creemos que nos llene de sí y para que nos colme de su gloria y de su divinidad.

Te damos gracias, Señor, porque tú, que haces bien todas las cosas, has querido llamarnos a vivir una vida de fe, nos has creado con inteligencia, con voluntad, con corazón para que podamos creer en ti y así poder conducirnos en el camino de esta vida.

Tu sabes Señor, que la llama de la fe esta siempre amenazada, haz Señor que se avive día a día nuestra fe para que por ella nos unamos cada vez más a ti, y por esa unión contigo vayamos poco a poco experimentándote, uniéndonos de un modo más fuerte a ti, para que las promesas que nos has dado las cumplas en plenitud y así puedas disponer nuestro corazón día a día, cada vez más unido ti para recibir tus dones divinos que colman todo deseo.

Que así sea

(1) Gén 5, 22-24

Prefacio de la Misa de Santa María, la nueva Mujer, primera discípula de la Nueva Alianza.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

«Porque a Cristo, autor de la nueva Alianza, le diste por Madre y asociada a la Virgen santa María, y la hiciste primicia de tu nuevo pueblo.

*Pues ella, concebida sin pecado y colmada de tu gracia, es en verdad la **mujer nueva y la primera discípula de la nueva Ley.***

Ella es la mujer alegre en tu servicio, dócil a la voz del Espíritu Santo, solícita en la fidelidad a tu Palabra.

Ella es la mujer dichosa por su fe, bendita en su Hijo y ensalzada entre los humildes.


*Ella es la mujer fuerte en la tribulación, **firme junto a la cruz del Hijo** y gloriosa en su salida de este mundo».*

Por eso, con todos los ángeles y santos, te alabamos, proclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

Amarás a tu prójimo como a ti mismo

Domingo, 19 de febrero de 2017

Textos: Lev 19, 1-2.17-18; Salmo 102; 1 Cor 3, 16-23; Mt 5, 38-48

 Pregunto a los niños sobre el pasaje que hemos escuchado, hay un momento en el que Jesús dice: «**Habéis oído que se dijo: ‘ojo por ojo’ y ‘diente por diente’...pero yo os digo...**» ¿sabéis que significa eso de ‘ojo por ojo’ y ‘diente por diente’?

Niños/: Venganza

M.A./: Muy bien, y también entendemos lo que es la venganza: ¡tú me has quitado un lápiz, pues yo te quito otro!, ¡tú me has dado un empujón, pues yo te doy otro, y más fuerte! ¿Vosotros pensáis que esto está bien?

Niños/: No

M.A./: No está bien ¿verdad? Si queremos ser amigos de Jesús no tenemos que hacer esto. ¿Cuál es el problema? Pues que a veces decimos: «...es que como tú lo has hecho primero pues entonces yo...» «es que él ha empezado...» ¿os suena esto? Como él o ella lo ha hecho antes entonces está justificado que yo lo haga. Y ¿creéis que esto le gusta a Jesús?

Niños/: No

M.A./: ¡Claro que no! Jesús nos dice que si actuáramos así con alguien que nos ha hecho mal, en vez de parar el mal lo que hacemos es añadir otro mal ¿os fijáis? **Tenemos que aprender a parar el mal.** Si cuando alguien nos hace algún mal nosotros respondemos con un bien, resulta que no solo detenemos el mal, sino que le ayudo a darse cuenta del mal que ha hecho ¿a que sí? Porque también nos ha dicho la lectura, que tenemos que ayudar al otro a comprender que ha hecho mal cuando yo respondo con el bien.

Nos vamos a quedar con esta frase de Jesús: «**Tratad a los demás como queréis que ellos os traten**»⁽¹⁾

En el evangelio hemos escuchado la gran llamada que nos hace Jesús: «**Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto**». El Señor recoge lo que ya estaba escrito en el Antiguo Testamento: «**Sed santos porque Yo soy santo**».⁽²⁾ El Señor nos dice cómo tiene que ser nuestra manera de vivir y tratar a los demás. Ser perfectos como Dios –o tratar de serlo–, y entrar en el camino de la santidad es algo que tiene que ver profundamente en cómo vivimos nuestra relación con los demás. Vamos a quedarnos con una frase que Jesús nos ha dicho en el evangelio: «**amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre malos y buenos**».

En esta frase del Señor, encontramos una clave para entender si hemos entrado de verdad en la vida cristiana, porque el Señor nos dice: «**amar a los que te aman lo hace cualquiera**». ¿Cuándo se nota que hemos conocido al Señor y tratamos de seguirle? **Cuando tratamos de amar a todos, y siempre.** No a algunos y de vez en cuando, sino a todos y siempre.

Esto es fundamental para conocer a Dios, no conocemos a Dios cuando sabemos cosas de Él, sino cuando tratamos de vivir como Él nos pide; porque **VIVIENDO COMO ÉL NOS PIDE EMPEZAMOS A CONOCER OTRA DIMENSIÓN DE LA VIDA**. Uno realmente conoce la plenitud y la felicidad que da el ser buena persona cuando se hace el bien, y uno experimenta qué significa amar perdonando cuando perdona.

Señor, te pedimos en esta mañana, que creamos en lo que nos dices. Ciertamente no tenemos que explicarte lo difícil que es amar cuando alguien nos hace mal y sabes Señor que eso nos cuesta. Ayúdanos primero a creer en tu palabra, y a vivirla aunque nos cueste, para que así experimentemos el gozo de ser buenos y siéndolo ayudemos a que el bien y la bondad se difundan.

Que así sea

⁽¹⁾ Lc 6, 31

⁽²⁾ Lev 11, 45

¿Quién dice la gente que soy yo?

Miércoles, 22 de febrero de 2017

Textos: 1 Pe 5, 1-4; Salmo 22; Mt 16, 13-19

Después de todo el tiempo que llevaba Jesús con los discípulos, el Señor en mitad de su vida pública hizo una pregunta decisiva: «¿**Quién dice la gente que soy yo?**» «**Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?**». De solo conocer a Cristo no nace la Iglesia, porque hay personas que conocen y saben cosas de Cristo pero no creen en Él; **la Iglesia nace porque el Señor la ha fundado, y a ella pertenecen y entran los que conociéndole CREEN EN ÉL y en la obra que ha realizado por nosotros.**

Por eso **LA IGLESIA SE LEVANTA SOBRE LA PIEDRA ANGULAR QUE ES JESUCRISTO,**⁽¹⁾ no se puede poner otro fundamento que no sea Jesucristo. **Y junto a la persona de Cristo la fe que profesó Pedro. CRISTO Y LA FE EN ÉL VAN UNIDOS,** de manera que la Iglesia no puede decir que se adhiere al Señor y tener otra fe, porque entonces ya no estaría edificada sobre la roca de la fe apostólica, como hemos rezado hoy en la breve oración colecta.⁽²⁾

Hoy en este día que celebramos la cátedra de san Pedro, celebramos que la Iglesia está fundada sobre Cristo y edificada sobre la fe de Pedro, que es roca de la Iglesia; por lo tanto la Iglesia no puede cambiar ni a Jesucristo ni la fe que ha recibido de Él. Y a Pedro, que fue el primero en profesarla, el Señor lo eligió para un ministerio único, propio, que comenzó con él y que llega hasta nosotros a través de sus sucesores, y que tienen la misión que el Señor dijo claramente: «**Confirma en la fe a tus hermanos**»;⁽³⁾ es decir transmitir la fe que Pedro profesó por primera vez, que nos adhiere a Jesucristo y que no podemos cambiar, porque si se cambiara dejara de ser la Iglesia de Cristo y empezaría a resquebrajarse.

Además también nosotros somos **pedras vivas de la Iglesia,**⁽⁴⁾ lo dice claramente el Nuevo Testamento, porque en la medida en que acogemos al Señor que es la piedra angular nos hace a nosotros pedras vivas de la Iglesia, no pequeños cantos o piedrecitas ¡no! ¡no! Piedras vivas donde cada uno tenemos nuestra propia misión en la Iglesia. Y cuando conocemos al Señor descubrimos que Él confía en nosotros y para cada uno tiene un lugar en la Iglesia, único, personal e intransferible. Tan importante es el lugar más sencillo y humilde como el puesto más destacado. Entre los apóstoles no estaba la Virgen y sin ella no hubiera habido nada, por lo tanto cada uno tenemos una misión.

Y por delante de la misión petrina está la dimensión mariana que es la que nos descubre la verdadera identidad de los cristianos, los que creemos en el Señor y vivimos de fe como nos enseñó la Virgen y como proclamó de una vez para siempre el apóstol san Pedro.

Señor, te pedimos en esta tarde, que reconozcamos la verdad de tu misterio como lo profesó Pedro, que nos mantengamos fieles a la verdad. Que no nos escondamos ante la confianza que pones en nosotros y aceptemos la misión que nos confías, ser piedras vivas de tu Iglesia.

Que así sea

⁽¹⁾ Salmo 118 (117); Is 28, 16; Mt 21, 42; Hch 4, 11; Ef 2, 20

⁽²⁾ Oración colecta: “Dios todopoderoso, no permitas que seamos perturbados por ningún peligro, tú que nos has afianzado sobre la roca de la fe apostólica.”.

⁽³⁾ Lc 22, 32

⁽⁴⁾ 1 Pe 2, 5; Ef 2, 21

Una boda en Caná

Sábado, 25 de febrero de 2017

Textos: Ex 19, 3-8a; Salmo 118; Jn 2, 1-11

Justo después de las primeras vocaciones lo primero que sucede, según el evangelio de san Juan, es que Jesús que había dejado su casa de Nazaret y que ya tiene el inicio del grupo, signo de la iglesia que Él esa formando, llegan a una boda donde también está presente María.

Una boda es el inicio de una familia y, ciertamente, esta presencia de Jesús, de María y de los discípulos en esa boda no es ninguna casualidad. ¿Qué sentido tiene la llamada de Jesús a los discípulos? Formar la familia de Dios.

En esa familia, junto al Señor, tiene un papel único y especial la Virgen como madre; por eso en este camino que estamos haciendo de ejercicios, hemos contemplado cómo el Señor sale de Nazaret, es bautizado con todo lo que significa este acontecimiento y, después de la prueba del Señor en el desierto, viene la llamada a los discípulos para formar una nueva familia, **la familia de los hijos de Dios. Y la madre de Jesús pasa a ser nuestra madre.**

No podía decirlo el Señor de una manera mejor para que entendamos lo que significa nuestro bautismo, significa que también somos hijos de Dios, incorporados a Cristo, miembros de su cuerpo y hermanos suyos, que su Madre es nuestra Madre como su Padre es nuestro Padre. María es madre y modelo para nosotros. **María nos enseña qué significa entrar en esta nueva familia y qué significa tenerla a ella por madre, y modelo de nuestra vida.**

En esta escena, María va a tener una doble iniciativa: una hacia Jesús y otra hacia los que estaban allí. Hacia Jesús presentándole la necesidad de lo que está sucediendo, en la boda se está acabando el vino, apenas nadie se ha dado cuenta pero María sí; por eso **LA CERCANÍA A DIOS ES LA QUE NOS HACE PERCIBIR LA REALIDAD DE UNA MANERA DISTINTA, NOS HACE ESTAR ATENTOS A LA REALIDAD Y PERCIBIRLA CON LOS OJOS DE DIOS.**

Detrás de esta palabra con todo el simbolismo que tiene el vino en la biblia, en el fondo María está presentándole a Jesús la necesidad de los esposos en unas bodas, momento especial y culminante del amor humano; pues allí, precisamente en ese momento, María nos quiere decir que esta unión del hombre y la mujer es una bendición ¡pero no lo es todo! Al hombre y también al amor humano le falta algo que solo Cristo nos puede dar.

A veces, la experiencia de la alegría humana es tan intensa que nos nubla la mirada y la convicción del corazón, pero luego viene el paso de la vida para que nos demos cuenta, ciertamente, que nada humano basta, por muy maravilloso que sea; nuestro corazón está hecho para algo todavía más grande, y eso sólo el Señor nos lo puede dar. Y María lo sabe. Y María, que probablemente en tu vida tiene una presencia fuerte y maravillosa, es la que te va a enseñar cómo tu corazón está hecho para Dios, y para que encuentres en Dios eso que, sin ponerle nombre y sin acabar de entenderlo, tu corazón busca y anhela.

La Virgen nos da a entender que Dios no niega lo humano, Dios no es enemigo de lo bueno que Él ha creado sino que Dios perfecciona lo que ha hecho y lleva a plenitud su obra. El Señor quiere que nuestra vida y la vocación que nos ha dado, siendo mayoría la vocación matrimonial, familiar, llegue a plenitud. Así resultan preciosas esas palabras finales que el

mayordomo le dirige al novio, pero que en el fondo están dirigidas a Jesús: **«todo el mundo pone primero el vino bueno y dejan el peor para después, en cambio tú has guardado el vino bueno para el final»**. Porque la experiencia en la vida es que las alegrías humanas van decreciendo, y con el Señor es al revés vamos de menos a más.

Aquí tenemos que superar una tentación, porque cuando esas alegrías humanas ya no son tan intensas andamos buscando siempre, al mismo nivel, satisfacer lo que el corazón nos pide. Y poco a poco vamos experimentando que nuestro corazón no se llena, porque no salimos del mismo nivel. En cambio, cuando permaneciendo y viviendo lo que Dios nos regala y la bendición de sus dones nuestro corazón pasa a otro nivel, que es el nivel de Dios, nuestro corazón se colma de aquello para lo que hemos sido creados, *porque Dios nos hizo para Él y nuestro corazón solo encontrará reposo hasta que descanse en Dios.*⁽¹⁾

Pero la Virgen no solo se dirige a Jesús sino que se dirige a los sirvientes, que en el fondo son un signo de los discípulos. Ella es la que en medio de la familia de Jesús repite constantemente, como un estribillo *–para ver si se nos queda y se nos graba–*, que asumamos como criterio de nuestra vida lo que es norma de su vivir. La norma de la Virgen siempre ha sido y será por siempre: **«Haced lo que el Señor dice»** Y así lo hemos escuchado en el versículo del Aleluya: **«Dichosa Santa María que has cumplido siempre la voluntad del Señor»**. En la Iglesia la Virgen no es solo la intercede para que Dios nos bendiga sino que María es la que vive en la Iglesia lleva a los hombres a Jesús: **«Haced lo que Él os diga»**.

¿Qué es la tentación? Creer que es mejor cualquier cosa menos la que Jesús nos dice, creer que hay otros caminos, que hay otra solución, que no es momento ahora para escuchar a Dios, que no es el momento para hacerle caso, creer cualquier cosa menos esto: **«¡haz lo que Él te diga!»**. **Siempre es momento para escuchar a Dios.**

Y así, fijaos que es sorprendente que **en la primera lectura de la Misa que hemos elegido para este día –Santa María de Caná–, encontramos una resonancia de este pasaje**. De toda la Biblia, el texto que la liturgia ha escogido es **el momento de la llegada de los israelitas al Sinaí y las palabras que el Señor le dice a Moisés**; son palabras para comprender cómo toda la obra de Dios en para hacer una Alianza. **Y la clave de esa Alianza es que el hombre escuche la voz de Dios, se fie y obedezca**. Moisés les transmite las palabras de Dios y el pueblo responde: **«Haremos todo cuanto ha dicho el Señor»**.

Detrás de las bodas de Cana está el signo de la Eucaristía, donde todos los días Jesús a través del sacramento renueva su Alianza, y está esperando que de nuevo hoy tú le digas: *¡Sí, Jesús! Sí, Señor, yo creo en ti, yo creo que la verdad de mi vida es escucharte y hacerte caso.*

Quiero repetiros las palabras del Señor a Moisés en el Sinaí, después de haber sacado al pueblo de Egipto, le dice: **«Habéis visto cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí»**. ¿Cuál es la tarea de la Iglesia? Traer los hombres a Dios, traer los hombres a Jesús, como está haciendo María en Caná. **«Si escucháis mi voz y guardáis mi Alianza, seréis mi propiedad personal, serás mío, serás mía, yo seré todo para ti; y haré de vosotros un reino de sacerdotes y una nación santa»**. **Te llevaré de mi mano a la santidad y tú compartirás mi misión.**

Santa Madre de Dios, tú que estás siempre a nuestro lado, tú que nos conduces como esas alas de águila hasta Dios, haz, Madre, que comprendamos que Dios nos quiere y nos ama como propiedad personal. Haz, Madre, que escuchemos siempre su voz y para que podamos vivir según su voluntad.

Que así sea

⁽¹⁾ *San Agustín, “Confesiones I, 1”*

Tiempo de Ejercicios Espirituales

Domingo, 26 de febrero de 2017

Textos: Is 49, 14-15; Salmo 61; 1 Cor 4, 1-5; Mt 6, 24-34

Comenzábamos los ejercicios pidiéndole al Señor tres actitudes: *deja, calla y permanece tranquilo, pacificate.*⁽¹⁾ Creo que al terminar hemos experimentado que realmente pidiéndoselo al Señor nos lo concede vivir y eso crea en nosotros un canal de infinita bendición entre nosotros.

Llegamos al final de los ejercicios y volvemos a nuestra vida ordinaria. Como decíamos al principio, este tiempo ha sido un regalo que el Señor nos concede para poder estar con Él, y eso es una gracia inmensa; pero esa misma gracia nos dispone a renovarnos en nuestro día a día, para vivir con el Señor nuestra vida cotidiana. **ESTA SIEMBRA NOS LA LLEVAMOS EN EL CORAZÓN.**

También en la vida cotidiana tenemos que dejar muchas cosas que no nos ayudan, necesitamos hacer silencio para poder escuchar al Señor y necesitamos que el Señor nos conceda la gracia de la paz, de vivir en esa paz que está unida a la verdadera felicidad, porque la paz es una de las manifestaciones de esa plenitud y gozo interior que el Señor nos concede vivir.

Al final nos hemos encontrado con esa resonancia que reflejan las lecturas de hoy, la primera es que el Señor nos ha dicho esa frase maravillosa: *«Yo no te olvidaré. Aunque una madre se olvide del niño de sus entrañas, Yo no te olvidaré. Míralo, en las palmas de mi mano te llevo grabada, te llevo grabado»*. Qué descanso es saber que el Señor no me olvida. El Señor sabe encajar el que yo no siempre me acuerde de Él, que el Señor no se cansa de esperar y no me olvida, aunque yo me olvide de Él.

Pero en estos días de retiro el Señor, de alguna manera, nos dice al oído: *¡no te olvides de mí, no permitas que los afanes de la vida te hagan olvidar de mí!* Vamos a pedirle al Señor este deseo, que no nos olvidemos de Él ni de lo que nos ha dicho en estos días; de esas palabras que el Señor te ha dicho en el corazón, de esas luces que Él te ha dado, de eso que el Señor te ha explicado con tanto amor al corazón. Por tanto, acogemos la palabra que el Señor nos dice: *«¡Yo no te olvidaré!»* –*«Señor concédeme la gracia de que yo tampoco me olvide de ti, ni de lo que tú me dices»*. **La acogida y el agradecimiento de los dones de Dios nos preparan para recibir dones mayores. Quien sabe tomarse en serio lo que el Señor le da se dispone para ser bendecido, más y mejor.**

En el evangelio el Señor nos dice que Él tiene que ser nuestro tesoro, que solo a Él debemos servir, que no podemos caer en la idolatría del dinero ni de tantas otras cosas y que tenemos que vivir confiando en Él. Tenemos muchas cosas que nos agobian pero ¿quien por agobiarse mucho va a conseguir vivir una hora más? El Señor ya conoce todas nuestras necesidades y situaciones, es cuestión de creer, pedir y confiar en Él: *«Señor, concédeme esa confianza con la cual puedo vivir plenamente apoyado en ti»*.

Voy a terminar con las palabra de la meditación final: *«Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón»*⁽²⁾ En el fondo el gran tema que tenemos que asimilar y hacer nuestro es **EL CORAZÓN DEL SEÑOR. EL GRAN REGALO QUE EL SEÑOR TIENE RESERVADO PARA TI ES**

SU CORAZÓN, TE DARÉ MI CORAZÓN ¡no hay nada más grande! **Y esto que es el corazón de la nueva alianza el Señor lo hace realidad en la Santa Misa. Al celebrar la Eucaristía Cristo entrega su cuerpo y derrama su sangre. El cuerpo es el signo del Ser del Señor y la sangre es el signo de su vida, de lo que Él vive, es el signo de su corazón, porque la sangre es bombeada por el corazón.** Cuando nosotros vivimos la Eucaristía el Señor dice: *«Esta es mi sangre derramada por ti y para ti, para que mi corazón sea el tuyo».*

Le pedimos al Señor que nos ayude a vivir, en plenitud, esta relación donde hay una comunicación de corazones, DONDE YO ABRO MI CORAZÓN PARA RECIBIR EL CORAZÓN DEL SEÑOR.

Te damos gracias Señor por todo lo que hemos recibido en estos ejercicios, de lo que somos conscientes y de lo que no somos conscientes, que es mucho más todavía. Gracias Señor por habernos traídos aquí y por la bendición de estos días.

Ahora queremos poner en el altar todo nuestro ser, nuestro corazón, nuestra vida y también con ello todas las gracias, luces y palabras que has derramado en nosotros. Haz, Señor, que fructifique tu siembra en nosotros. Haz de nuestro corazón, de nuestro ser y de nuestra vida esa tierra buena en la que tú haces fructificar tus dones en nuestra vida.

Que así sea

⁽¹⁾ *San Arsenio, monje anacoreta del siglo IV-V. Siendo educador de los hijos del emperador y estando un día en oración, oyó una voz que le decía: «**deja** todo, ve al **silencio** y permanece en **paz**». Después sintiendo la llamada del Señor se retiró y se unió una comunidad de monjes del desierto.*

⁽²⁾ *Mt 11, 29*